

CAPÍTULO 22

La soberanía de Dios

¿Quién no te temería, Señor Dios de los ejércitos, altísimo y terrible? Porque Tú eres el único Señor. Tú hiciste el cielo y el cielo de los cielos, la tierra y todas las cosas que hay en ella, y en Tu mano está el alma de todo ser viviente, Tú te sientas rey sobre el diluvio; sí, Tú te sientas rey para siempre.

Tú eres un gran rey sobre toda la tierra. Tú estás revestido de fuerza; honor y majestad están ante Ti. Amén.

La soberanía de Dios es el atributo por el que gobierna toda Su creación, y para ser soberano Dios debe ser omnisciente, omnipotente y absolutamente libre. Las razones son éstas:

Si existiera un solo dato de conocimiento, por pequeño que fuera, desconocido por Dios, su gobierno se vendría abajo en ese punto. Para ser Señor de toda la creación, debe poseer todo el conocimiento. Y si a Dios le faltara una pizca infinitesimal de poder, esa carencia pondría fin a su reinado y desharía su reino; ese átomo perdido de poder pertenecería a otro y Dios sería un gobernante limitado y, por tanto, no soberano.

Además, Su soberanía requiere que Él sea absolutamente libre, lo que significa simplemente que Él debe ser libre de hacer lo que quiera en cualquier lugar y en cualquier momento para llevar a cabo Su propósito eterno en cada detalle sin interferencia. Si fuera menos que libre, sería menos que soberano.

Captar la idea de libertad sin reservas requiere un vigoroso esfuerzo de la mente. No estamos psicológicamente condicionados para comprender la libertad salvo en sus formas imperfectas. Nuestros conceptos de ella se han formado en un mundo en el que no existe la libertad absoluta. Aquí, cada objeto natural depende de muchos otros objetos, y esa dependencia limita su libertad.

Wordsworth, al comienzo de su "Preludio", se regocijaba de haber escapado de la ciudad donde había estado encerrado durante mucho tiempo y de ser "ahora libre, libre como un pájaro para posarme donde quiera". Pero ser libre como un pájaro no es ser libre en absoluto. El naturalista sabe que el pájaro supuestamente libre vive en realidad toda su vida en una jaula hecha de miedos, ansias e instintos; está limitado por las condiciones meteorológicas, las variaciones de la presión atmosférica, el suministro local de alimentos, las fieras depredadoras y el más extraño de todos los lazos, la irresistible compulsión a permanecer dentro de la pequeña parcela de tierra y aire que le asigna la comunidad ornitológica. El pájaro más libre está, junto con cualquier otra cosa creada, constantemente controlado por una red de necesidad. Sólo Dios es libre.

Se dice que Dios es absolutamente libre porque nadie ni nada puede impedirle, obligarle o detenerle. Puede hacer lo que quiera siempre, en todas partes y para siempre. Ser así de libre significa también que debe poseer autoridad universal. Que tiene poder ilimitado lo sabemos por las Escrituras y podemos deducirlo de algunos otros de Sus atributos. Pero, ¿qué hay de Su autoridad?

Incluso discutir la autoridad de Dios Todopoderoso parece algo sin sentido, y cuestionarla sería absurdo. ¿Podemos imaginarnos al Señor Dios de los Ejércitos teniendo que pedir permiso a alguien o solicitar algo a un órgano superior? ¿A quién acudiría Dios para pedir permiso? ¿Quién es más alto que el Altísimo? ¿Quién es más poderoso que el Todopoderoso? ¿Qué posición es anterior a la del Eterno? ¿Ante qué trono se arrodillaría Dios? ¿Dónde está el más grande a quien Él debe apelar? "Así dice el Señor, el Rey de

Israel, y su redentor el Señor de los ejércitos; yo soy el primero y yo soy el último, y fuera de mí no hay Dios".

La soberanía de Dios es un hecho bien establecido en las Escrituras y declarado en voz alta por la lógica de la verdad. Pero hay que admitir que plantea ciertos problemas que hasta ahora no se han resuelto satisfactoriamente: Se trata principalmente de dos. El primero es la presencia en la creación de aquellas cosas que Dios no puede aprobar, como el mal, el dolor y la muerte. Si Dios es soberano, podría haber impedido su existencia. ¿Por qué no lo hizo?

El Zend-Avesta, libro sagrado del zoroastrismo, la más elevada de las grandes religiones no bíblicas, sorteó esta dificultad con bastante facilidad postulando un dualismo teológico. Había dos dioses, Ormazd y Ahriman, y ambos crearon el mundo. El bueno Ormazd hizo todas las cosas buenas y el malvado Ahriman hizo el resto. Era bastante simple. Ormazd no tenía ninguna soberanía de la que preocuparse, y al parecer no le importaba compartir sus prerrogativas con otro.

Para el cristiano esta explicación no es suficiente, porque contradice rotundamente la verdad enseñada con tanto énfasis en toda la Biblia, que hay un solo Dios y que sólo Él creó el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos. Los atributos de Dios son tales que hacen imposible la existencia de otro Dios. El cristiano admite que no tiene la respuesta definitiva al enigma del mal permitido. Pero sabe cuál no es esa respuesta. Y sabe que el Zend-Avesta tampoco la tiene.

Aunque no tenemos una explicación completa del origen del pecado, sabemos algunas cosas. En Su soberana sabiduría, Dios ha permitido que el mal exista en áreas cuidadosamente restringidas de Su creación, una especie de forajido fugitivo cuyas actividades son temporales y de alcance limitado. Al hacer esto, Dios ha actuado de acuerdo con su infinita sabiduría y bondad. Más que eso nadie sabe en la actualidad; y más que eso nadie necesita saber. El nombre de Dios es garantía suficiente de la perfección de Sus obras.

Otro problema real creado por la doctrina de la soberanía divina tiene que ver con la voluntad del hombre. Si Dios gobierna su universo mediante sus decretos soberanos, ¿cómo es posible que el hombre ejerza el libre albedrío? Y si no puede ejercer la libertad de elección, ¿cómo se le puede hacer responsable de su conducta? ¿No es acaso una mera marioneta cuyas acciones están determinadas por un Dios entre bastidores que mueve los hilos a su antojo?

El intento de responder a estas preguntas ha dividido claramente a la Iglesia cristiana en dos bandos que han llevado los nombres de dos distinguidos teólogos, Jacobo Arminio y Juan Calvino. La mayoría de los cristianos se conforman con entrar en uno u otro bando y niegan la soberanía de Dios o el libre albedrío del hombre. Parece posible, sin embargo, reconciliar estas dos posiciones sin violentar ninguna de ellas, aunque el esfuerzo que sigue puede resultar deficiente para los partidarios de uno u otro bando.

Este es mi punto de vista: Dios decretó soberanamente que el hombre fuera libre para ejercer la elección moral, y el hombre desde el principio ha cumplido ese decreto al hacer su elección entre el bien y el mal. Cuando elige hacer el mal, no contrarresta la voluntad soberana de Dios, sino que la cumple, ya que el decreto eterno no decidió qué elección debía hacer el hombre, sino que debía ser libre para hacerla. Si en su libertad absoluta Dios ha querido dar al hombre una libertad limitada, ¿quién está ahí para detener su mano o decir,

"¿Qué haces?" La voluntad del hombre es libre porque Dios es soberano. Un Dios menos que soberano no podría conceder libertad moral a sus criaturas. Tendría miedo de

hacerlo.

Quizá una ilustración casera nos ayude a entenderlo. Un transatlántico sale de Nueva York con destino a Liverpool. Su destino ha sido determinado por las autoridades competentes. Nada puede cambiarlo. Esta es al menos una débil imagen de la soberanía.

A bordo del transatlántico hay varias decenas de pasajeros. No están encadenados, ni sus actividades están determinadas para ellos por decreto. Son completamente libres de moverse como quieran. Comen, duermen, juegan, holgazanean en cubierta, leen, hablan, todo a su antojo; pero todo el tiempo el gran transatlántico los lleva con paso firme hacia un puerto predeterminado.

Tanto la libertad como la soberanía están presentes aquí y no se contradicen. Creo que lo mismo ocurre con la libertad del hombre y la soberanía de Dios. El poderoso transatlántico del designio soberano de Dios mantiene su rumbo firme sobre el mar de la historia. Dios avanza imperturbable y sin obstáculos hacia el cumplimiento de los propósitos eternos que se propuso en Cristo Jesús antes del comienzo del mundo. No sabemos todo lo que está incluido en esos propósitos, pero se ha revelado lo suficiente para proporcionarnos un amplio bosquejo de las cosas venideras y para darnos buena esperanza y firme seguridad del bienestar futuro.

Sabemos que Dios cumplirá todas las promesas hechas a los profetas; sabemos que los pecadores serán limpiados algún día de la tierra; sabemos que una compañía rescatada entrará en el gozo de Dios y que los justos brillarán en el reino de su Padre; sabemos que las perfecciones de Dios recibirán aún aclamación universal, que todas las inteligencias creadas poseerán a Jesucristo Señor para gloria de Dios Padre, que el presente orden imperfecto será eliminado, y un nuevo cielo y una nueva tierra serán establecidos para siempre.

Hacia todo esto se mueve Dios con infinita sabiduría y perfecta precisión de acción. Nadie puede disuadirle de Sus propósitos; nada apartarle de Sus planes. Como Él es omnisciente, no puede haber circunstancias imprevistas, ni accidentes. Como Él es soberano, no puede haber órdenes revocadas, ni quiebra de autoridad; y como Él es omnipotente, no puede haber falta de poder para lograr Sus fines elegidos. Dios se basta a sí mismo para todas estas cosas.

Mientras tanto, las cosas no son tan fáciles como este rápido esbozo podría sugerir. El misterio de la iniquidad ya está actuando. Dentro del amplio campo de la voluntad soberana y permisiva de Dios, el conflicto mortal del bien contra el mal continúa con creciente furia. Dios todavía se saldrá con la suya en el torbellino y la tormenta, pero la tormenta y el torbellino ya están aquí, y como seres responsables debemos hacer nuestra elección en la presente situación moral.

Ciertas cosas han sido decretadas por la libre determinación de Dios, y una de ellas es la ley de la elección y las consecuencias. Dios ha decretado que todos los que voluntariamente se entreguen a Su Hijo Jesucristo en la obediencia de la fe recibirán la vida eterna y se convertirán en hijos de Dios. También ha decretado que todos los que aman las tinieblas y continúan en rebelión contra la alta autoridad del cielo permanecerán en un estado de alienación espiritual y sufrirán finalmente la muerte eterna.

Reduciendo todo el asunto a términos individuales, llegamos a algunas conclusiones vitales y muy personales. En el conflicto moral que ahora nos rodea, quien está del lado de Dios está del lado ganador y no puede perder; quien está del otro lado está del lado perdedor y no puede ganar. Aquí no hay azar, no hay apuesta. Hay libertad para elegir de qué lado estaremos, pero no hay libertad para negociar los resultados de la elección una vez hecha. Por la misericordia de Dios podemos arrepentirnos de una elección equivocada y alterar las consecuencias haciendo una elección nueva y correcta. Más allá

de eso no podemos ir.

Todo el asunto de la elección moral gira en torno a Jesucristo. Cristo lo dijo claramente: "El que no está conmigo, está contra mí", y "Nadie viene al Padre, sino por mí". El mensaje evangélico encierra tres elementos distintos: un anuncio, un mandato y una llamada. Anuncia la buena nueva de la redención realizada en la misericordia; manda a todos los hombres en todas partes a arrepentirse y llama a todos los hombres a rendirse a los términos de la gracia creyendo en Jesucristo como Señor y Salvador.

Todos debemos elegir si obedeceremos al Evangelio o nos apartaremos con incredulidad y rechazaremos su autoridad. Nuestra elección es nuestra, pero las consecuencias de la elección ya han sido determinadas por la voluntad soberana de Dios, y de esto no hay apelación.

El Señor descendió de lo alto, E inclinó los cielos altísimos, Y bajo sus pies arrojó Las tinieblas del cielo.

*Sobre querubines y serafines
Completamente regio
cabalgaba,
Y en alas de poderosos vientos
Volaron todos al extranjero.
Se sentó sereno sobre las inundaciones, para contener su furia;
Y Él, como soberano Señor y Rey, Por siempre reinará. Paráfrasis
del salmo,
por Thomas Sternhold*